

# **EN UN MALDITO LUGAR DE LA MANCHA**

**-0-**

**Vida secreta de Quijano y Cervantes,  
agentes de La Espada de Dios**

*José Juan Picos Freire*



# SANGRE DE VERDAD

Los poetas matan más gente que los generales. Homero, un bardo ciego, arrasó una ciudad hasta los cimientos y aniquiló falanges enteras. Por eso en las bibliotecas hay más muertos que en los cementerios. Y en aquella uno más.

Tinta y sangre se desparramaban sobre la tarima de castaño y por encima de los muebles, y salpicaban de arriba abajo las paredes. Se diría que las páginas, empachadas de muerte y destrucción, habían vomitado todos los combates que en ellas se contenían, por muy fabulosos y heroicos que fuesen. Por aquí y por allá, tirados boca arriba y boca abajo, algunos deslomados, otros rajados, igual que cadáveres tras una batalla, se desperdigaban los campeones y paladines más famosos de las novelas de caballerías: Felixmarte de Hircania y Esplandián de California; Palmerín de Inglaterra y Belianís de Grecia; El Caballero de la Cruz y Olivante de Laura; y, cómo no, el simpár Amadís de Gaula, Espejo de la Caballería Andante. El encapuchado cogió un tomo y lo hojeó. Después lo tiró con una mueca de desprecio. Si hubiera sabido escupir como los hombres, le habría escupido encima.

Ninguno de aquellos héroes con armadura de punta en blanco pudo salvar a la pobre mujer que yacía, a la vez, en cinco partes de la estancia: un brazo en una esquina y el otro en la contraria, tocando las puntas de una imaginaria diagonal, igual que las piernas. En el centro de la biblioteca reposaba el tronco, donde la cabeza era un tiesto en el alféizar del pecho, a la altura del corazón. La habían dejado como un San Andrés, pero trinchada y revuelta. O no tan revuelta... Porque es verdad que aquella era una cruz bien armada, pero



no la de aspas en la que crucificaron al hermano de San Pedro. Aquella cruz era más antigua. Más que los apóstoles, más que el Cristo... Más que Dios.

Los postigos colgaban del marco de la ventana como si fueran la portada de un libro desvencijado. Nada hubiera impedido que el resplandor del astro nocturno iluminara el desastre. Nada salvo la misma luna, que esa noche era negra. Pero al allanador le daba igual. A pesar de la oscuridad y de la capucha que le cubría la cabeza, sus ojos felinos le permitían advertir el menor detalle. Así reparó en que cada pie y cada mano de la mujer desmembrada apuntaban al que iba por delante, siguiendo el sentido de las agujas de un reloj. Dispuestos de ese modo añadían un ángulo, forzado en las manos rotas, a cada brazo de la macabra cruz.

—Un tetraskel... —musitó el extraño en una lengua más vieja que Babel.

Se fijó, con una agudeza que el ojo humano envidiaría, en las iniciales que se repetían en las dedicatorias de algunas de las novelas tiradas. Las habían escrito a pluma con caracteres firmes, tan enérgicos que parecían soberbios, como si la Humanidad no hubiese escrito más palabras antes ni las fuese a escribir después: M. C. C.

El extraño olfateó una intuición, ni siquiera un olor, que se escondía bajo la peste a hierro de tanta sangre derramada. Apartó con la pezuña un tintero volcado, se agachó y con la uña rascó una costra pegada al suelo, casi fundida con él. Se llevó el dedo a las fauces y lo rozó con la punta de la lengua.

—Sal...

La criatura apretó con rabia las garras y bufó. Aquella mancha petrificada atestiguaba que uno de los suyos también había muerto en la funesta biblioteca del hidalgo. No lo dudó: un *leprechaink*. Echó un vistazo alrededor, eligió un libro y, cuando lo encontró, le arrancó dos páginas, una de ellas con la dedicatoria. Buscó un cortaplumas en el bufete y clavó las hojas en la pared. Luego leyó para sí: «Llegó a la prisión en que estaban los presos; y el lugar



era muy estrecho y los presos muchos, donde claridad ni aire podían entrar, y eran tantos que ya no cabían».

De súbito, estiró las orejas pinceladas y aguzó el oído. Antes siquiera de que tuvieran la casa a la vista, oyó las carreras de los *mangas verdes* de la Santa Hermandad. ¡A buenas horas! Se arrebujó en su capa con la prudente intención de saltar por la ventana, cuando esta vez fue su olfato el que dio la voz de alarma. La peste de una hoja comida por el orín, infestada en sus melladuras con la sangre de otros parecidos a él, le llegó tan inconfundible y veloz que pensó que no llegaría a hurtar la testa al golpe. Pero retiró el hocico lo justo para que el acero pasara ante sus ojos como un espejo mortífero. Su mirada, mil veces más rápida que la de un hombre, pudo distinguir en el reflejo de la espada su propio gesto de terror. Con un impulso caprino trepó al alféizar. Desde allí atisbó al fantasma, pues no parecía otra cosa, que se rehacía del ataque fallido; el rostro del enjuto caballero iba de la ventana a la pobre mujer desmembrada; sus ojos transidos por el dolor y animados por la furia reflejaban el torbellino de su cabeza. El aire espectral que la criatura vislumbró venía no solo de la delgadez del humano y de la camisa blanca que lo cubría, sino del nimbo de locura que parecía transportarlo por la estancia. Con un alarido, el hombre le tiró una estocada que en cualquier otro caso habría sido mortal. Pero la bestia saltó un pestañeo antes y alcanzó el suelo con el suave equilibrio almohadillado de un gato, aunque firmemente apoyada sobre sus cascos hendidos. Al trote vivo se alejó de la escena del crimen. No veía los molinos, pero bajo los gritos apenas humanos de su atacante le llegaba el rumor distante de las aspas y por él se orientó.



# 1

## PANZA

*Madrid, otoño de 1569*

Soy viejo para que me importe la indulgencia de nadie. Y, por si fuera poco, no tengo mano izquierda, que es la mano diestra en los pasillos de la Corte. No es culpa mía que se me revuelvan las tripas cuando veo cómo encabezan sus cartas las liendres de palacio: «Carísimo primo, cuánto os extrañamos por acá y de qué modo añoramos vuestra presencia, que es causa de felicidad y motivo de paz de espíritu para todos vuestros deudos». Ya, los cojones. La verdad cochina que van pensando mientras garrapatean esas politiquerías es esta otra: «Así os pegue los siete males la puta más sucia de Perpiñán y que un mal barbero os saque todas las muelas sanas y os deje la podrida para los restos. Y para que os jodáis más, que no os quede otra que pagarles a ambos por sus servicios».

Como les decía a vuestras mercedes, hacen falta insolencia y años para contar lo que viene y pretender que un cristiano lo crea. Me llamo Sancho y soy de los Albarrán de Granada, apellido nuevo en Castilla y viejo entre los nazaríes. Sí, soy un cristiano de linaje corto. «Un marrano», dicen los hijosdalgo. Pues insolencia sobre insolencia, ya que este marrano pretende hacerles llegar la verdadera historia de un caballero sin par, católico y linajudo, y de su mejor camarada, que no fui yo. Aún hoy, con tanta vida a la espalda, no calibro cuál de aquellos dos tuvo más quimeras en la cabeza. Pero sé que ninguna superó jamás las que





les puso delante este tiempo de tinieblas que algunos quieren llamar, con esa pompa que nos gastamos por acá, Siglo del Trueno y el Hierro.

Si vuestras mercedes tienen valor para seguirme —y no les sofoca la indignación al oír una verdad tan largamente escondida—, sabrán por qué un poeta que liberé de una mazmorra le pidió clemencia a su memoria para olvidar un maldito lugar de cuyo nombre ninguno queremos acordarnos.

Gato con guantes no caza ratones, decía mi abuela. Por eso me costó recoger la providencia real que se me había caído sobre la primera escarcha del año, cuajada en los charcos esa misma madrugada. La firmaba Felipe de Austria, hijo del káiser Carlos, rey de España, de media Italia, de Flandes, de las Indias Occidentales y también de las Orientales. Aunque yo no tuviese aún la certeza, el documento sellado que portaba le ponía freno a una orden anterior —de dos meses antes— por la que el rey mandaba prender a un mozo, poeta de vocación, que se había batido en duelo con un albañil. Según la ley, le cortarían una mano y lo echarían de Castilla. Brava nación la nuestra, donde un cocedor de adobes se tiene en tan alta estima que mata o muere por un quítame allá esas pajas. En fin. Me saqué un guante y eché mano al papel, con tan mala suerte que el gélido coágulo se partió, amenazando con emborronarlo. Mal empezábamos.

Pueden vuestras mercedes imaginar con qué humor entraba yo aquella mañana de otoño del sesenta y nueve del siglo en la Cárcel Vieja de la Corte, a un tiro de ballesta de la Plaza del Arrabal, esa que un tiempo más tarde bautizaron Mayor. Más parecía un sportillero del Arenal de Sevilla que un agente real; no me habían encomendado una misión, querían que recogiese a uno que valía menos que un doblón de escayola.



—¿Y decís que esta es la firma del rey? —me preguntó el carcelero mientras miraba, la empapada orden del derecho y del revés—. No digo que no lo sea, a ver si me entendéis, pero no tengo costumbre de que Su Majestad me escriba. Y menos tan pasado por agua.

—Me importa un cojón de grillo con quién te cartees, patán. Aligera, que no tengo todo el día.

En el fondo, yo tenía las mismas dudas que él. ¿Quién sería ese preso que había llamado la atención del rey del Orbe? Un reo que merecía tan buen papel, tan alto sello y un recadero como yo. Y si ya lo habían condenado a perder la mano y al destierro, ¿por qué diantres lo querían en palacio? No era asunto mío, así que sacudí la cabeza y eché a andar sin esperar al carcelero. El esbirro me siguió, arrastrando tras de sí a las ratas que le hacían de escolta y que dejaban una estela oscura y temblona. Los animalejos tenían con el infame la misma familiaridad que el rey con sus lebreles; con la salvedad de que los perros de palacio nunca fueron tan dueños de los salones del Alcázar como aquellas alimañas de los corredores en los que engordaban. Grasiento y roñoso como las galerías rezumantes por las que desfilábamos, el guardián ni las pateaba ni las evitaba. Y ellas acudían prestas a rebañar las migas del mendrugo que el hombre roía.

—¿Veis aquella rata negra? La llamo *Felipillo*, por el color —y me guiñó el ojo—. Y esa otra tan guapa, la rubia, a esa le puse *Jeromín*, por el bastardo, ya sabéis —me susurró—. ¡Y mirad!, mirad la que se encarama sobre las otras y les muerde las orejas para pillar más migas...

—No me lo digas —le corté—. *Antoñito*, por el privado de Su Majestad, ¿sí o no?

El sayón me miró boquiabierto y asintió.

—No me estarás faltando al respeto, ¿verdad? —Y lo medí con la mirada.

—¿Pero cómo se os ocurre, mi señor? —Más que por su salud, el muy ruin temía por la propina que yo pudiera soltarle.



—Te pones a insultar al rey, a su hermanastro y a su privado delante de mí como si tal cosa. ¿Es que no te doy miedo? Pues puedo hacer que te corten la lengua de través, para que de verdad parezcas una víbora.

Debajo de la barba y de la roña debió de quedarse pálido. Así que dejó de alimentar a su plaga, que se desgañitó en chillidos, y salió al trote cochinerero, hacia la jaula del reo.

¡Cárceles a mí! La mayoría pretende que las prisiones son un espejo del Purgatorio, pero yo sé que son los zaguanes de la Venta de Pedro Botero, ensayos de la condena eterna. Para mí había tanta luz en aquella catacumba como en un atardecer de primavera en las pajareras de la Huerta del Rey, porque para oscuro ya está mi corazón. El esbirro aquel aún no se imaginaba que yo era tan Adelantado del Valle de las Sombras como Cristóbal Colón lo fue de las Indias Occidentales.

—Pues si os digo la verdad, me alegro de que os lo llevéis —me soltó.

—¿Qué pasa, que no lo has podido expresar?

—No traía más que lo puesto. ¡Ni una blanca! Esa gentuza de letras solo sirve para buscar pleitos, armar gresca e inventar cuentos. Y este inventa muchos, que se lo digo yo a vuestra merced, aunque lo del hurgón al maestro de obras parece que fue de veras... ¿No será cómico, por ventura?

—Peor aún. Poeta.

El otro fingió una mueca de escándalo y me dedicó otra de sus sonrisas fétidas. Y al sonreír me mostró los huecos de su boca sin marfiles, una caverna empapada con el aroma de las letrinas de Belcebú. Era un milagro que no se envenenara con su propia saliva, porque su aliento mataría a un percherón.

—Hasta parientes de mi sangre he visto yo desfilar por acá —que no, que no se callaba—. Bien podéis jurar que este es el tribunal más justo que encontraréis a este lado de la Gloria, porque familiares o no, si no hay din don, aquí nadie encuentra compasión. —Y se frotó el



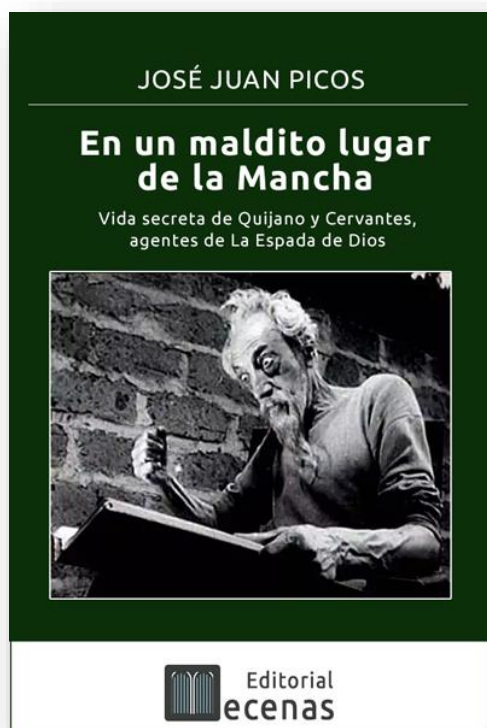


índice y el pulgar—. Las cárceles estarán hechas de escorias, pero las cerraduras son doradas y se abren con llaves de oro, mi buen señor.

En eso no le faltaba razón. Tras las rejas por las que pasábamos se apiñaban redomados tahúres, alcahuetas apergaminadas y patronos de mancebía con sus peliforras, todas calvas a cuchilla o por las plagas de su oficio, algunas estampadas con los infames colores de las bubas, el herpes o el hierro candente del verdugo. Las que no penaban dentro, en consentida promiscuidad, se colaban a la hora de echar el cierre por un postigo que se quedaba entornado, ese que llaman *del Sotaniello*, donde las mujeres de los presos, ya sean barraganas o hermanas, han de pagar un peaje de virtud —si aún la conservan— a los celadores; nada se regala en la cárcel del rey. En fin, que visita va y visita viene, como en las iglesias en Viernes Santo, pero sin incienso ni golpes de pecho.

Los rufianes no perdían el tiempo ni el negocio aun entre rejas. Alquilaban las pelanduscas a reos que tuvieran con qué pagarlas y las realquilaban a quienes quisieran echar una miradita y consolarse de oficio. Perdonavidas sin más estoque que su fanfarronería, y sin más aviso que un chirlo en la cara, espantaban a los que no tenían contante. Y sangraban, por la bolsa o por la vena, a quien tuviera la fatalidad de haber nacido sin gracia para caerles bien o sin cojones para arrancarles la careta de bravos. Si algún pardillo atesoraba en los perendengues unos cobres con los que comprar un cucharón de agua, una escudilla de gachas o un jergón —para tenerlo todo junto habría que ser Midas—, sobraban fulleros que lo empujaban, con mil ardides o una puntilla, a jugárselos, a endeudarse y a seguir jugando, que es una forma de esclavitud cristiana para la que no hace falta ser turco ni negro.





Si te ha gustado este fragmento y quieres apoyar el proyecto de la publicación de esta obra, reserva tu ejemplar

**RESERVAR**

